



Patronato de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

***La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.***

***De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.***

***En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.***

***El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.***

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife  
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos  
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

***+ 34 958 02 79 45***

***[biblioteca.pag@juntadeandalucia.es](mailto:biblioteca.pag@juntadeandalucia.es)***

HISTORIA  
DE LOS  
MUSULMANES  
ESPAÑOLES

DOZY  
4

A-3  
1  
24  
B.P.A.G.

MADRID 1878

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalita  
CONSEJERÍA DE CULTURA

UNIVERSIDAD DE GRANADA

# HISTORIA

DE LOS

MUSULMANES ESPAÑOLES.

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

BIBLIOTECA DE  
LA ALHAMBRA

Est.

A-3

Tabl.

1

N.º

24



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

9.199

# HISTORIA

DE LOS

# MUSULMANES ESPAÑOLES

HASTA LA CONQUISTA DE ANDALUCÍA  
POR LOS ALMORAVIDES.

(711-1110.)

POR R. DOZY,

*Comendador de la orden de Carlos III, académico corresponsal de la de  
Historia de Madrid, socio extranjero de la Sociedad Asiática de Paris,  
profesor de historia en la Universidad de Leiden.*

TRADUCIDA Y ANOTADA

POR F. DE CASTRO,

*Ex-catedrático de Historia de España en la  
Universidad de Sevilla.*

**TOMO XV.**

SEVILLA.

Administracion  
de la Biblioteca Científico-  
Literaria, Moro 12.

MADRID.

Libreria de Victoriano  
Suarez,  
Jacometrezo, 72.

1877.

Donativo del Sr. Cónde de  
Romanones á la Biblioteca  
de la Alhambra. 1903

Comisaría General de Monumentos de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA  
UNIVERSIDAD DE ANDALUCÍA

# LIBRO IV.

---

LOS REYES DE TAIFAS.

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

---

## LIBRO IV.

### LOS REYES DE TAIFAS. (a)

---

#### I.

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

Hacia muchos años que las provincias de la España musulmana se hallaban sin querer abandonadas á sí mismas. El pueblo en general lo sentía, no pensaba sino con miedo en el porvenir, y echaba de menos lo pasado. Los capitanes extranjeros eran los

---

(a) El texto dice: «Les Petits Souverains,» pero hemos creído deber traducirlo de este modo, no solo por ser el generalmente adoptado entre nosotros para designar este período, sino porque determina de una manera mas característica la idea que quiere espresarse en el original.

únicos que se habían aprovechado de la descomposición total de la península. Los generales berberiscos se dividían el Mediodía, los Eslavos reinaban en el Este, el resto tocó en suerte, yá á advenedizos, yá al pequeño número de familias nobles que por un accidente cualquiera habían resistido á los golpes que Abderramen III y Almanzor habían dado á la aristocracia. Por último, las dos ciudades mas importantes, Córdoba y Sevilla se habían constituido en repúblicas.

Los Hammuditas eran, aunque solo de nombre, los jefes del partido berberisco. Pretendían tener derecho á toda la parte árabe de la península, pero en realidad no poseían mas que la ciudad de Málaga y su territorio. Sus vasallos mas poderosos eran los príncipes de Granada, Zawí que elevó esta ciudad al rango de la capital, (1) y su sobrino Abbuz que le sucedió. Había además príncipes berberiscos en Carmona, en Moron y en Ronda. Los Aftasidas que

---

(1) Hasta entónces había sido Elvira la capital de la Provincia, pero habiendo tenido que sufrir mucho esta ciudad con la guerra civil, hácia el año de 1010 emigraron sus habitantes y se trasladaron á Granada.



reinaban en Badajoz, pertenecian á la misma raza, pero completamente arabizados, se suponian de origen árabe y ocupaban una posicion bastante aislada.

Los hombres mas notablès del partido opuesto, eran Khairan, príncipe de Almería, Zohair, que le sucedió en 1028 y Modjhid, príncipe de las Baleares y de Dénia. Este último, el pirata mas grande de su tiempo, se hizo famoso por las expediciones que hizo á Cerdeña, y á las costas de Italia, como también por la proteccion que dispensó á los literatos. Otros Eslavos reinaron al principio en Valencia, pero en el año de 1021, fué proclamado rey Abdalaziz, nieto del célebre Almanzor (1). En Zaragoza una noble familia árabe, la de los Beni-Hud, obtuvo el poder despues de la muerte de Mondhir, acaecida en 1039.

En fin, sin contar un gran número de pequeños Estados, había, aun, otro reino en Toledo. Aquí reinó un tal Yaich, hasta el año de 1036, en que los Beni-Dhi-'n-nun

---

(1) Su padre era el infortunado Abderramen Sanchol.

se apoderaron de él. Era esta una antigua familia Berberisca que había tomado parte en la conquista de España en el siglo VIII.

En Córdoba, así que fué abolido el Califato, se reunieron los vecinos principales, y resolvieron confiar el poder ejecutivo á Ibn-Djahwar, cuya capacidad era universalmente reconocida. Este rehusó al principio aceptar la dignidad que le ofrecían y cuando cedió al fin á las instancias de la asamblea, fué bajo condicion de que habían de darle por cólegas dos miembros del Senado, pertenecientes á su familia, á saber, Mohamed-Ibn-Abbas y Abdalaziz ibn-Hasan. La asamblea consintió en ello, pero estipulando que estas dos personas solo tendrían voto consultivo.

El primer cónsul, gobernó la república de una manera prudente y equitativa. Gracias á él los Cordobeses no tuvieron que quejarse de la brutalidad de los Berberiscos. Su primer cuidado había sido licenciarlos; retuvo solo los Beni-Iforen, con cuya obediencia podía contar, y reemplazó los otros con una milicia cívica. En apariencia dejó subsistir las instituciones republicanas. Cuando se le pedía un favor,

respondía: «Eso no me toca á mí, sino al Senado; yo no soy mas que el ejecutor de sus órdenes.» Cuando recibía una comunicacion oficial, que venía dirigida á él solo, rehusaba tomar conocimiento de ella, diciendo que la dirigieran á los visires. Antes de tomar cualquier decision, consultaba siempre al Senado. Nunca se dió tono de príncipe, y en lugar de irse á vivir al palacio Califal, permaneció en la modesta casa que siempre había ocupado. Sin embargo, en realidad, su poder era ilimitado, porque nunca al Senado se le ocurría contradecirlo. Su probidad era rígida y escrupulosa; no quiso que el Tesoro público estuviera en su casa, y confió su custodia á los hombres mas respetables de la ciudad. Amaba el dinero, es verdad, pero nunca el interés le hizo hacer nada indecoroso. Económico y parsimonioso, por no decir avaro, duplicó su fortuna de modo que llegó á ser el hombre mas rico de Córdoba, pero al mismo tiempo hacía laudables esfuerzos para restablecer la prosperidad pública. Esforzábese en mantener amistosas relaciones con todos los Estados vecinos, y lo logró tan bien, que el comercio y la industria gozaron al poco tiempo de la se-

guridad de que tanto necesitaban. Con esto bajaron los precios de los géneros, y Córdoba recibió en su seno multitud de nuevos habitantes, que reedificaron algunos de los barrios que los Berberiscos habían demolido ó quemado cuando el saco de la ciudad. (1) Mas apesar de esto, la antigua capital del Califado, no recobró su preponderancia política. El primer papel pertenece en adelante á Sevilla, y es de la historia de esta ciudad de la que principalmente vamos á ocuparnos.

La suerte de Sevilla había estado por mucho tiempo ligada á la de Córdoba. Lo mismo que la capital, había obedecido sucesivamente á soberanos de la familia Omeya y de la de Hammud; pero la revolución de Córdoba de 1023 tuvo sus resultados en Sevilla. Habiéndose insurreccionado los Cordobeses contra Casim el Hammudita, y echádole de su territorio, resolvió este príncipe ir á refugiarse á Sevilla donde estaban dos hijos suyos con una guarnicion berberisca, mandada por

---

(1) Ibn-Haiyan «apud» Ibn-Bassam t. I, fol. 157 r. y v.; Abd-al-wahid, p. 42, 43.

Mohamed ibn-Zirí de la tribu de Iforen y en consecuencia envió á los Sevillanos la orden de evacuar mil casas, que habían de ser ocupadas por las tropas. Esta orden produjo un descontento tanto mas pronunciado, cuanto que los soldados de Casim, los mas pobres de su raza, tenían la mala fama de ser muy pillos. Córdoba acababa de mostrar á los Sevillanos la posibilidad de libertarse del yugo y estos estaban tentados de seguir el ejemplo que les había dado la capital. Deteníanlos aún el miedo de la guarnicion berberisca, pero el Cadí de la ciudad Abu-'l-Casim Mohamed, de la familia de los Beni-Abbad, consiguió ganarse al jefe de la guarnicion. Le dijo que le sería fácil hacerse señor de Sevilla y desde entónces Mohamed ibn-Zirí se declaró pronto á secundarlo. El Cadí se alió enseguida con el comandante berberisco de Carmona y los Sevillanos, secundados por la guarnicion, tomaron las armas contra los hijos de Casim, cuyo palacio cercaron.

Cuando llegó ante las puertas de Sevilla, que encontró cerradas, Casim trató de ganarse á los habitantes con promesas, pero no lo consiguió y como sus hijos estaban en una situacion muy peligrosa, se com-

prometió por último á evacuar el territorio sevillano, siempre que le devolvieran sus hijos y sus bienes. Los Sevillanos convinieron en ello y habiéndose retirado Casim, aprovecharon la primera ocasion que se les presentó para echar á la guarnicion berberisca. (1)

Habiendo quedado así libre la ciudad, se reunieron los patricios para constituir gobierno. Sin embargo, ellos no estaban tranquilos acerca de las consecuencias de su rebellion, temían ver volver muy pronto á los Hammuditas irritados, que no dejarían en este caso de castigar á los culpables; así, que ninguno se atrevió á tomar sobre sí la responsabilidad de lo que había pasado, estando todos de acuerdo hacerla pesar únicamente sobre el Cadí á quien envidiaban sus riquezas, y ya preveían con secreto placer el momento en que fueran confiscadas. (2) Ofrecióse pues, al Cadí la autoridad soberana, pero cualquiera que fuera su ambicion, era demasiado prudente para aceptarla en aquel momento. Su origen no

---

(1) Ibn-Haiyan «apud.» Ibn-Bassam, t. I, folio 129 r.; «Abbad,» t. II, p. 32, 208 &c.

(2) «Abbad,» t. I. p. 221.

era ilustre. Era muy rico, pues que poseía la tercera parte del término de Sevilla y gozaba de gran consideracion á causa de saber y de su talento; pero su familia no pertenecía sino desde poco antes á la alta nobleza y sabía que á menos que no tuviera soldados á su disposicion—y todavía no los tenía—la altiva y exclusiva aristocracia de Sevilla no tardaría en sublevarse contra un advenedizo. Y ciertamente no era otra cosa. Verdad es, que mas adelante, cuando los Abbaditas estuvieron á punto de restablecer en provecho suyo el trono de los califas, pretendieron descender de los antiguos reyes lakhmitas que, antes de Mahoma habían reinado en Hira, y que los famélicos poetas de su córte, aprovechaban todas las ocasiones para celebrar tan ilustre oríge; pero nada justifica semejante pretension; los Abbaditas y sus aduladores nunca la pudieron demostrar. Todo lo que esta familia tenía de comun con los antiguos reyes de Hira, es que pertenecía como ellos á la tribu yemenita de Lakhm, pero la rama de esta tribu de donde provenían los Abbaditas, no parece haber habitado nunca en Hira, sino que moraba en Arich en las fronteras del Egipto y la Siria en el

distrito de Emesa, (1) y los Abbaditas, léjos de poder enlazar su genealogía á la de los reyes de Hira, nunca pudieron hacerla remontar más allá de Noaim, padre de Itaf. Este Itaf, capitán de una division de las tropas de Emesa, había llegado á España con Baldj y habiendo recibido los soldados de Emesa tierras cerca de Sevilla, él se estableció en el lugarejo de Yamin que estaba en el distrito de Tocina á orillas del Guadalquivir. Siete generaciones de gentes honradas, económicas y laboriosas hicieron salir lenta y penosamente á la familia de su oscuridad. Ismael, padre de nuestro Cadí, fué el primero que la ilustró, el que por decirlo así, hizo inscribir en el «libro de oro» de la nobleza sevillana el nombre de los Bení-Abbad ó Abbaditas. (2) Al par teólogo, jurisconsulto y militar, había mandado un regimiento de la guardia de Hixem II, y luego había sido iman de la gran mezquita de Córdoba y Cadí de Sevilla. Famoso por sus luces, por su sagacidad, por la prudencia de sus consejos y su firmeza de ca-

---

(1) «Abbad,» t. I, p. 220. Cf. Caussin, t. III, página 212, 422.

(2) Abbad era el tatarabuelo de Ismael.



rácter, no lo era menos por su probidad, pues á despecho de la general corrupcion no había aceptado nunca ningun donativo del Sultan, ni de sus ministros. Su liberalidad era ilimitada y los Cordobeses deserrados, encontraban en él una generosa hospitalidad. Todas estas cualidades le valieron el título del hombre mas noble de Occidente. Había muerto en el año 1919, poco tiempo ántes del período de que nos ocupamos. (1) Su hijo Abu-'l-Casim-Mohamed, le igualó acaso en saber, pero no en virtud. Egoísta y ambicioso, su primer acto había sido un acto de ingratitud. Cuando su padre murió y esperaba sucederle como Cadí, le fué preferido otro. Entónces se dirigió á Casim-ibn-Hammud y gracias á la intervencion de este príncipe obtuvo el empleo que deseaba. (2) Ya hemos visto de qué manera recompensó mas tarde este favor.

Los patricios sevillanos le ofrecian ahora el poder, pero él, adivinando el motivo les respondió que no podía aceptar su ofer-

---

(1) «Abbad,» t. I. p. 220, 381 y sig. t. II, p. 173.

(2) «Abbad.,» t. I, p. 221.

ta por honrosa que fuera, sino á condicion de que se le dieran por adjuntas algunas personas que designaría. Estas personas, añadió, habian de ser sus visires y sus cólegas, y no tomaría resolucion sin consultarles. Apesar suyo, los Sevillanos tuvieron que aceptar esta proposicion, porque el Cadí rehusaba con firmeza gobernar solo. Rogáronle entónces que designara á sus cólegas, y designó á los jefes de algunas familias patricias, tales como los Hauzaníes y los Ibn-Haddjadj, y personas que se consideraban como hechuras suyas ó al menos de sus partidarios, tales como Mohamed Ibn-Yarim, de la tribu de Alhan y Abu-Becr Zobaidí, aquel célebre gramático que había sido preceptor de Hixem II. (1) Hecho esto, su primer cuidado fué procurar-se tropas. Gracias á la buena paga que les ofrecía, atrajo á sus banderas muchos soldados árabes y de otras partes, y compró además muchos esclavos que hizo instruir en el ejercicio de las armas. (2) Una expedicion que hizo al Norte, probablemente

---

(1) Abd-al-wahid, p. 65; «Abbad,» t. I, p. 221.

(2) «Abbad,» t. I, p. 221.

te con otros príncipes, le suministró el medio de engrosar este pié de ejército. Sitió en esta ocasion dos castillos al Norte de Viseo, que estaban edificados uno frente á otro, sobre dos rocas separadas por un barranco, y que llevan el nombre de «al-akha-wén» ó de «al-akowén, los dos hermanos,» nombre que se ha conservado en la denominacion actual de «Alafoenz.» (1) Estaban habitados por Españoles cristianos, cuyos antecesores habian hecho un tratado con Muza ibn-Nozair, cuando este general conquistó á Viseo, (2) pero en la época de que nos ocupamos, no parece que estaban sometidos ni al rey de Leon, ni á ningun príncipe musulman. El Cadí se hizo dueño de estos dos castillos, obligando á trescientos de sus defensores á entrar á su servicio (3) y de este modo pudo dispo-

---

(1) Los Españoles y los Portugueses sustituyen de ordinario la letra f á la gutural árabe «kh.» Véase mi Glosario de Ibn-Adhari, p, 23. Por lo demás se recordará que en la ribera derecha del Rhin, cerca de Caub, hay tambien dos castillos, Liebenstein y Sternberg, que se llaman tambien «los hermanos (die Brüder.)»

(2) La conquista de Viseo por Muza está mencionada por Maccari, t. I, p. 174.

(3) Sisenando, de quien habla el monje de Silos,

ner desde entónces de quinientos caballos. Tenía, pues, bastantes soldados para hacer razzias en las tierras de sus vecinos (1) pero no se hallaba aun en estado de defender á Sevilla contra un ataque formal. Así lo experimentó en 1027, en que el Califa Hammudita, Yahya ibn-Alí y el señor berberisco de Carmona Mohamed ibn-Abdallah, la sitiaron. (2) Demasido débiles los Sevillanos para oponer una larga resistencia, entraron en negociaciones con Yahya. Declaráronse prontos á reconocer su soberanía á condicion de que los Berberiscos no entraran en la ciudad. Yahya consintió en ello, pero exigió que le dieran en rehenes algunos jóvenes patricios que le respondieran con su cabeza de la fidelidad de los Sevillanos. Esta demanda llenó de cons-

---

(c. 90) que despues de haber dejado el servicio de Motadhíid por el de Fernando I, fué gobernador de Coimbra, era segun toda probabilidad uno de los cristianos de Alafoens.

(1) «Abbad,» t, II, p, 7. El autor árabe refiere esto hablando de Motadhíid, hijo del Cadí pero se equívoca en este punto.

(2) «Abbad,» t. II, p. 216. El autor árabe (Ibn-Khaldun,) en lugar de nombrar al Cadí nombra aquí por error á Motadhíid su hijo.

ternacion á la ciudad, pues ningun patri-  
cio quería entregar su hijo á los Berbe-  
ricos, que podrian matarlo á la menor  
sospecha. Solo el Cadí no vaciló; ofreció  
á Yahya su hijo Abbad, y como el Califa  
sabía que el Cadí gozaba de gran influen-  
cia, se contentó con este solo rehen. Gra-  
cias á este sacrificio, el Cadí vió acrecen-  
tarse su popularidad, y no teniendo ya na-  
da que temer, ni de los nobles ni del Ca-  
lifa, pues que reconocía su soberanía, en  
apariciencia, creyó llegado el momento de  
reinar solo. Habiendo descartado del Con-  
cejo á los patricios, como Ibn-Haddadj y  
Hauzani, no tenía ya mas que dos cólegas  
Zobaidí é ibn-Yarin. Los despidió, y Zo-  
baidí fué desterrado. (1) Un plebeyo de  
cerca de Sevilla, que se llamaba Hablb, fué  
nombrado primer ministro. Era hombre sin  
principios, pero inteligente, activo y com-  
pletamente adicto á los intereses de su se-  
ñor. (2)

El Cadí quiso en seguida estender su ter-

---

(1) Fué primero á Cairawan y luego á Alme-  
ría donde llegó á ser Cadí. Véase «Abbad,» t. I, pá-  
gina 234 nota 49.

(2) «Abbad,» t. I, p. 223.

itorio, apoderándose de Béja. En los últimos tiempos, esta ciudad que ya había sufrido mucho por la guerra entre árabes y renegados, fué saqueada y en parte destruida por los Berberiscos, que habían recorrido el país saqueando y quemando todo lo que encontraban á su paso. El Cadí tenía intención de reedificarla, pero informado de su proyecto el príncipe de Badajoz, Abdallah ibn-al-Aftas, envió tropas mandadas por su hijo Mohamed (que más tarde le sucedió con el nombre de Mudhaffar) las que ya habían tomado posesión de Beja, cuando Ismael, hijo del Cadí se presentó ante sus puertas con el ejército de Sevilla, y el del señor de Carmona, allado de su padre. Comenzó en seguida sitio é hizo saquear con su caballería los pueblos que había entre Évora y el mar. Apesar del refuerzo que recibió del señor de Mértola, Ibn-Taifur, Mohamed el Aftasida fué desdichadísimo. Después de perder sus mejores guerreros cayó en manos de sus enemigos, y fué enviado á Carmona.

Animados con el triunfo conseguido, el Cadí y su allado, hicieron incursiones, no solo en el territorio de Badajoz, sino tam-

bien en el de Córdoba, de modo que el gobierno de esta ciudad tuvo que tomar á su servicio Berberiscos de la provincia de Sidona. Sin embargo, algo despues, hicieron la paz, ó por lo menos un armisticio con el Aftasida, y entónces Mohamed salió libre de su prision con consentimiento del Cadí (Marzo de 1030). Al anunciarle que quedaba libre, el señor de Carmona, le recomendó que se pasara por Sevilla y diera las gracias al Cadí; pero Mohamed le tenía tanta aversion que respondió al Berberisco: «Prefiero quedar vuestro prisionero á tener nada que agradecer á ese hombre. Si no es á vos solo á quien soy deudor de mi libertad, si tengo que agradecerla al Cadí de Sevilla me quedaré donde estoy.» El señor de Carmona, respetó sus sentimientos, y sin insistir más, le hizo volver á Badajoz, con todos los honores debidos á su rango.

Cuatro años despues, en 1034, Abdallah el Aftasida, se vengó, pero de un modo poco noble, de los reveses que había sufrido. Había concedido paso al Cadí para su ejército, que á las órdenes de Ismael iba á hacer una<sup>u</sup> razzia en el reino de Leon. Pero cuando llegó á un desfiladero cerca

de la frontera leonesa, los atacó de improviso. Muchos de los soldados sevillanos fueron muertos, otros fueron asesinados en su fuga por la caballería de Leon. El mismo Ismael escapó de la carnicería con un puñado de guerreros, pero mientras se dirigía á Lisboa, ciudad fronteriza de los Estados de su padre, al N. O, él y los suyos tuvieron que sufrir las mayores privaciones.

Desde entónces el Cadí se hizo enemigo mortal del príncipe de Badajoz (1); pero no poseemos detalles sobre las batallas que se dieron mas adelante, y es indudable que esta guerra no tuvo para la España musulmana consecuencias tan importantes como un suceso de otro orden de que ahora vamos á ocuparnos.

Como ya hemos dicho, el Cadí había reconocido la soberanía del Califa hammudita, Yahya ibn-Alí. Esto había sido por mucho tiempo una cosa sin consecuencia; el Cadí reinaba á sus anchas en Sevilla,

---

(1) «Abbad,» t. I, p. 223-225. Ibn. Khaldun («Abbad,» t. II, p. 209, 216,) dice tambien algunas palabras de estos sucesos, pero en lugar de nombrar al Cadí, nombra á Motadhid su hijo.



pues Yahya era demasiado débil para poder hacer valer sus derechos. Pero poco á poco este estado de cosas cambió. Yhaya consiguió atraer sucesivamente á su causa á casi todos los jeques berberiscos, llegó á ser en realidad lo que ántes no había sido mas que de nombre, el jefe de todo el partido africano, y como había establecido su cuartel general en Carmona, de donde había echado á Mohamed ibn-Abdallah (1) amenazaba á la vez á Córdoba y á Sevilla. (2)

La gravedad del peligro inspiró entónces al Cadí un pensamiento que hubiera sido grande y patriótico, si no le hubiera sido sugerido en parte por la ambicion. Para impedir á los Berberiscos, unidos ahora, reconquistar el terreno perdido, era precisa la union de Árabes y Eslavos bajo un solo jefe; este era el único medio de preservar al pais de volver á sufrir los males que había sufrido. El Cadí lo conocía, y deseaba que se formara una gran liga en

---

(1) Ibn-Haiyan, «apud.» Ibn-Bassam, t. I, fólio 81 r. y v., 82 r.

(2) Abd-el-wahid, p. 37, 38; «Abbad,» página 232, l. 22.

que entraran todos los enemigos de los Africanos, pero al mismo tiempo quería ser su jefe. No se le ocultaban los obstáculos que tendría que vencer, sabía que los príncipes Eslavos, los señores árabes y los Senadores de Córdoba se creerían heridos en su desconfiado orgullo, si trataba de dominarlos; pero no se dejó desanimar por este orden de consideraciones, y como las circunstancias le prestaban poderoso apoyo, logró hasta cierto punto realizar su proyecto. Vamos á ver de qué manera se condujo.

Hemos dicho ántes que el desdichado Califá Hixem II se había evadido de palacio en el reinado de Soliman, y que segun toda probabilidad, había muerto en Asia, desconocido é ignorado. Sin embargo, el pueblo, muy adicto todavía á la dinastía Omeya, que le había dado prosperidad y gloria, rehusaba creer en la muerte de este monarca, y acogía ávidamente los extraños rumores que sobre él corrian. Había quien se preciaba de dar los detalles mas precisos sobre su estancia en Asia. Primero, decian, había ido á la Meca, provisto de una bolsa llena de dinero y piedras preciosas, pero habléndosela quitado los ne-

gros de la guardia del emir, pasó dos días y dos noches sin comer, hasta que compadecido un alfarero le preguntó si sabía amasar barro: á la ventura Hixem respondió que sí. «¡Pues bien! le dijo entónces el alfarero; si quieres entrar á mi servicio, yo te daré un dirhem (a) y un pan diarios.— Acepto con mucho gusto vuestro ofrecimiento, le respondió Hixem, pero os suplico que me deis en seguida un pan, porque hace dos dias que estoy sin comer.» Por algun tiempo, Hixem, aunque era un obrero muy perezoso, ganó su vida en casa del alfarero, pero disgustado al cabo de su tarea, se escapó y se reunió á una caravana que iba á salir para Palestina, y llegó á Jerusalem en la mas completa desnudéz. Un dia que se paseaba por el mercado, se detuvo delante de la tienda en que trabajaba un esterero. «Por qué me miras con tanta atencion? le preguntó éste; ¿sabes acaso mi oficio?—Nó, le respondió tristemente Hixem, y lo siento, porque no tengo que comer.— Pues quédate conmigo,

---

(a) Véase sobre el valor de esta moneda nuestra nota II del t. I. (N. del Tr.)

repuso el esterero, podrás servirme trayéndome juncos, y te lo pagaré.» Hixem aceptó con júbilo esta proposición y poco á poco aprendió á hacer esteras. Muchos años pasaron así, pero en 1033 volvió á España. (1) Después de haberse dejado ver en Málaga, (2) pasó á Almería, á donde llegó en 1035, pero habiéndole expulsado poco después el príncipe Zohair de sus Estados, fué á establecerse en Calatrava. (3)

Este relato que el pueblo aceptaba con cierta credulidad, no parece merecer ninguna confianza. El hecho es, que en la época en que Yahya amenazaba á Sevilla y á Córdoba, había en Calatrava un esterero llamado Khalaf que se parecía mucho á Hixem, pero nada prueba que este hombre fuera el ex-Califa y clientes Omeyas, tales como los historiadores Ibn-Haiyan é Ibn-Hazm, han protestado siempre del modo más enérgico contra esto que, llamaban una grosera impostura. Khalaf, sin embargo, era ambicioso. Habiendo oído decir que se parecía mucha á Hixem II, se supuso éste

---

(1) «Abbad,» t. II, p. 127, 128.

(2) «Abbad,» t. II, p. 34.

(3) «Abbad,» t. I, p. 222; t. II, p. 34.

monarca y como no había nacido en Calatrava, sus convecinos lo creyeron y lo que es mas, le reconocieron por soberano y se rebelaron contra su señor Ismael ibn-Dhi-'n-nun, príncipe de Toledo. Este, fué entónces á sitiarnos y no fué larga la resistencia, pues habiendo hecho salir de la ciudad al pretendido Hixem, se sometieron de nuevo á su antiguo señor. (1)

Sin embargo, el papel de Khalaf no había concluido, no hacía mas que comenzar. En cuanto el Cadí de Sevilla supo la reaparición de Hixem II, comprendió inmediatamente el partido que podía sacar de este hombre si le hacía venir. Poco le importaba que fuera Hixem ó nó; lo esencial era que, la semejanza fuera bastante grande para poder pretender sin comprometerse mucho, que era Hixem, porque entónces podría organizarse á su nombre una liga contra los Berberiscos, liga de la que el Cadí, como primer ministro del Califa, sería el jefe y el amo. Hizo pues, invitar al pretendiente á ir á Sevilla, prometiéndole su apoyo en caso de que se probara su

---

(1) «Abbad,» t. II, p. 34.

identidad. El esterero no se hizo de rogar y vino á Sevilla, donde el Cadí lo presentó á las mugeres del serrallo de Hixem. Sabiendo lo que tenían que decir, declararon casi todas que aquel hombre era realmente el ex-Califa y el Cadí apoyándose en su testimonio, escribió al senado de Córdoba, como tambien á los señores árabes y eslavos, anunciándoles que Hixem II, estaba con él é invitándoles á tomar las armas en su favor. (1) Este paso tuvo magnífico éxito. La soberanía de Hixem fué reconocida por Mohamed ibn-Abdallah, el príncipe destronado de Carmona, que se había refugiado en Sevilla, (2) por Abdalaziz príncipe de Valencia, por Modjehid, príncipe de Denia y de las Baleares y por el señor de Tortosa. (3) En Córdoba, el pueblo supo con entusiasmo que vivía aun. Menos crédulo y mas celoso de su poder, el presidente de la república Abn-'l-Hazm ibn-Djahwar, no fué engañado con esta impostura, pero conocía que le sería imposible resistir á la

---

(1) Abbad,» t. I. p. 222.

(2) Ibn-Haiyan, «apud.» Ibn-Bassam, t. I, fólío 81 r. y v.

(3) «Abbar,» t. I, p. 34.

voluntad del pueblo, comprendía la necesidad de la union de Árabes y Eslavos bajo un solo jefe y temía ver á Córdoba atacada por los Berberiscos; así, que no se opuso á los deseos de sus conciudadanos, y permitió que se prestára de nuevo juramento á Hixem II (Noviembre de 1035.) (1)

En este entretanto, y mientras que el partido árabe-eslavo se armaba por dó quiera contra él, Yahya sitiaba á Sevilla, asolaba su territorio, dispuesto á vengarse de una manera que fuera sonada, del astuto Cadí. Pero estaba rodeado de traidores. Los Berberiscos de Carmona, á quienes había obligado á alistarse en sus banderas, eran muy adictos á su antiguo señor, mantenian inteligencias con él, y en Octubre de 1035 algunos de ellos fueron secretamente á Sevilla, y cuando llegaron digeron al Cadí y á Mohamed inb-Abdallah que les sería muy fácil sorprender á Yhaya pues que este príncipe estaba casi siempre ébrio. El Cadí y su aliado, resolvieron aprovechar inmediatamente este aviso. En su con-

---

(1) «Abbad,» t. I, p. 222, t. II, p. 34. Sobre la fecha, véase la nota A al fin de este tomo.

secuencia, marchó Ismael, hijo del Cadí, á la cabeza del ejército sevillano, acompañado de Mohamed ibn-Abdallah. Cuando anocheció se emboscó con el grueso de sus fuerzas y envió un escuadron contra Carmona, esperando sacar á Yahya fuera de la plaza. Logró su objeto. Yahya estaba entretenido en beber cuando le informaron de la aproximacion de los Sevillanos. Y levantándose de su sofá exclamó: «¡Qué felicidad! ¡Ibn-Abbá viene á devolverme la visita! ¡Que se armen sin perder momento! ¡A caballo!» Sus órdenes fueron ejecutadas y poco despues salió de la ciudad al frente de trescientos caballos. Caliente con el vino se precipitó sobre los enemigos sin tomarse tiempo de formar sus tropas en batalla y aunque la oscuridad casi le impedía distinguir los objetos. Aunque algo desconcertados al principio por este brusco ataque, los Sevillanos respondieron sin embargo, con vigor á él y cuando al fin fueron obligados á la retirada, retrocedieron al sitio donde se encontraba Ismael. Desde entónces Yahya estaba perdido. Ismael cayó sobre los enemigos á la cabeza de sus cristianos de Alafoens y los puso en derrota. El mismo Yahya fué muerto y acaso la mayoría de



sus soldados hubieran participado de su suerte, si no lo hubiera impedido Mohamed ibn-Abdallah que, rogó á Ismael que perdonara á estos infelices. «Casi todos, le dijo, son Berberiscos de Carmona que han sido obligados muy contra su voluntad á servir á un usurpador á quien detestan.» Ismael cedió á sus instancias y mandó que cesara la persecucion. Apenas se hubo dado esta orden, cuando Mohamed corrió á Carmona para volver á apoderarse de su principado. Los negros de Yahya, que se habian hecho dueños de las puertas de la ciudad quisieron impedirle la entrada, pero Mohamed secundado por la poblacion, penetró por una brecha, fué al palacio de Yahya, entregó las mugeres de este príncipe á su hijo y se apropió de todos sus tesoros. (Noviembre de 1035.)

La nueva de la muerte de Yahya causó una alegría indecible lo mismo en Sevilla que en Córdoba. El Cadí cuando la recibió se puso de rodillas para dar gracias á Dios y todos los que lo rodeaban lo imitaron. (1)

---

(1) Ibn-Haiyan «apud» Bassam, t. I. fól. 81 r. y 82; Abd-el-wahid. p. 38,43; «Abbad» t. II, p. 33. Consúltese la nota. Al fin de este tomo.

Por el pronto no habia ya nada que temer de los Hammuditas. Idris, hermano de Yahya, habia sido proclamado califa en Málaga, pero necesitaba tiempo para ganarse á fuerza de promesas y concesiones á los jefes berberiscos, y ni aun se hallaba en estado de reducir á Algeciras, donde su primo Mohamed habia sido proclamado califa por los negros (1). Viendo, pues, que las circunstancias le eran propicias, quiso el Cadi instalarse con el pretendido Hixem II en el palacio califal de Córdoba. Pero Ibn-Djahwar no tenia gana de abdicar el consulado. Logró convencer á sus conciudadanos de que el pretendido califa no era mas que un impostor, quitóse su nombre de las oraciones públicas; y cuando el Cadi llegó ante las puertas de la ciudad se las encontró cerradas y no siendo bastante fuerte para reducir á mano armada ciudad tan considerable, se vió obligado á volverse por donde habia venido (2).

Entonces resolvió volver sus armas contra el único príncipe eslavo que habia reu-

---

(1) Abd-el-wahid, p. 43 y 45.

(2) Ibn-Khaldun, fól. 25 v.

sado reconocer á Hixem II, que era Zohair de Almeria. Desde que el califa Casim, que quiso conciliarse la amistad de los Amiridas, le dió muchos féudos, Zohair habia hecho de ordinario causa comun con los Hammuditas y cuando Idris fué proclamado Califa, se habia apresurado á reconocerlo (1). Amenazado ahora por el Cadí, se alió con Habbus de Granada y cuando se puso en marcha el ejército sevillano, le salió al encuentro con sus tropas y las de su aliado y le obligó á retirarse (2).

Era evidente que el Cadí habia presumido demasiado de sus fuerzas y podia temer que llegara el momento en que los ejércitos de Almería y de Granada, tomando á su vez la ofensiva, invadieran el territorio sevillano. Felizmente para él, la casualidad que le servia casi siempre á pedir de boca, quiso que uno de sus enemigos lo desembarazara del otro.

---

(1) Ibn-Khaldum, fól. 22 v. Consúltese la carta que Zohair mandó escribir á los Cordobeses por medio de su ministro Ibn-Abbas «apud» Ibn-Bassam, t. I, fol. 170 r. y v.

(2) «Abbad», t. II, p. 34.

---

## II.

En la época de que hablamos, dos hombres igualmente notables, pero que se tenían ódio mortal, dirigian los negocios en Granada y en Almería: el árabe Ibn-Abbas y el judío Samuel.

Rabbi Samuel ha-Leví á quien llamaban ordinariamente Bed-Naghdela, habia nacido en Córdoba donde habia estudiado el Talmud con Rabbi Hanokh jefe espiritual de la comunión judía. Se habia aplicado tambien con mucho provecho al estudio de la literatura árabe y al de casi todas las ciencias que entonces se cultivaban. Por lo demás, no habia sido durante mucho tiempo mas

que un simple droguero, primero en Córdoba, luego en Málaga, donde se había establecido despues de la toma de la capital por los Berbericos de Soliman, hasta que un feliz accidente vino á sacarlo de su humilde condicion.

Estaba su tienda cerca de un castillo que pertenecia á Abn-'l-Casim ibn-al-Arif, visir de Habbus rey de Granada. Como la gente de este castillo tenia muchas veces que escribir á su señor y eran iliteratos, hacian redactar sus cartas por Samuel. Estas cartas causaron la admiracion del visir, porque estaban escritas con la mayor elegancia y artisticamente sembradas de las mas hermosas flores de la retórica árabe. Así, que cuando tuvo ocasion de ir á Málaga, se apresuró á informarse de la persona que las habia escrito y haciendo llamar al judío le dijo: «No es digno de tí, estar en una tienda. Mereces brillar en la córte y si quieres serás mi secretario.» Acompañó pues, Samuel al visir cuando este volvió á Granada y la estimacion que Ibn-al-Arif ya le tenia, se acrecentó, cuando, en sus conversaciones sobre negocios de Estado, descubrió en él un conocimiento de los hombres y de las cosas y un golpe de vista verdaderamente ma-

ravilloso. «Todos los consejos que daba Samuel, dice un historiador judío, eran como si alguno interrogare á la palabra de Dios.» Así, que el visir los siguió desde entonces, de lo que no tuvo que arrepentirse. Habiendo caído luego malo y conociendo que su fin se aproximaba, le dijo al rey que había venido á visitarlo y que no sabía como reemplazar al fiel servidor que iba á perder: «Señor, en estos últimos tiempos nada os he aconsejado por mí mismo, sino por inspiración de mi secretario el judío Samuel. Fijad en él vuestra atención, que sea para vos un padre y un ministro, haced todo lo que os aconseje y Dios os ayudará.» El rey Habbus siguió el consejo. Llevó á Samuel á palacio y el judío llegó á ser su secretario y su consejero (1).

Acaso en ningún otro Estado musulmán halla gobernado un judío con el título de visir y canciller. Verdad es que, muchas veces ha habido judíos que han gozado de cierta consideración de los soberanos musulmanes que solían sobre todo confiarles la

---

(1) «Journal asiát.», IV-serie, t. XVI, p. 203-205 (artículo de M. Munk).

administración de la hacienda, pero la tolerancia musulmana no llegaba de ordinario hasta sufrir pacientemente que fuera un judío primer ministro. Pero también, si la cosa era posible en alguna parte no lo era más que en Granada. Allí los judíos eran tan numerosos que se la llamaba la «ciudad de los judíos» (1) y como eran poderosos y ricos se entrometían con bastante frecuencia en los negocios del Estado. En una palabra, allí era donde habían encontrado, si no la tierra prometida, por lo menos el maná del desierto y la roca de Horeb. También se explica de otro modo la elevación de Samuel. No le era fácil al rey de Granada encontrar un primer ministro, porque á decir verdad, no podía confiar este importante puesto ni á un Berberisco, ni á un Árabe. En este tiempo, se deseaba que un primer ministro fuera muy literato, que fuera capaz de componer las cartas que se enviaban á otros príncipes y que se escribían en prosa rimada y en un estilo sumamente rebuscado. El rey de Granada, sobre todo, gustaba de esta especie de talento. Se parecía á un advenedizo que trata de darse aire de gran

---

(1) «Crónica del Moro-Rasis». p. 37.

señor: semi-bárbaro, se tomaba un trabajo infinito para no parecerlo. Se preciaba de algo literato y hasta pretendia, que la nacion de que era oriundo, la de Cinhedja, no era por su origen berberisca, sino árabe. (1) Necesitaba pues, á toda costa, un ministro que en nada fuera inferior á los de sus vecinos. ¿Pero dónde encontrarlo? Sus Berberiscos sabian muy bien batirse, tomar ciudades, saquearlas y quemarlas, pero eran incapaces de escribir correctamente ni un renglon en la lengua del Corán. En cuanto á los Árabes, que no sufrían el yugo, sino trémulos de ira y de vergüenza, no se podia fiar de ellos; se hubieran creído felices engañándolo y vendiéndolo. En tales circunstancias, un judío como Samuel que, segun el testimonio de los mismos sábios árabes, habian profundizado todas las delicadezas de su lengua y que por celoso que fuera por su religion, no tenia escrúpulo cuando escribia á musulmanes de emplear las fórmulas religiosas que eran de estilo (2), debia ser para él un verdadero tesoro.

---

(1) Ibn-Haiyan «apud» Ibn-Bassam, t. I. fóllo 122 r.

(2) Véase mi Introduccion á la Crónica de Ibn-Adhari, p. 97.



Y no tuvo que avergonzarse de haberlo elevado al rango de primer ministro, pues su eleccion fué aprobada hasta por los Árabes. Estos apesar de su intolerancia y de sus prejuicios contra los hijos de Israel, se veian obligados á confesar que Samuel era un génio superior. Y en efecto su saber era estenso y profundo. Era matemático, lógico, astrónomo (1) y sabia á lo menos siete lenguas (2). Júntese á esto que era muy generoso con los poetas y los literatos en general. Así pues, aquellos á quienes habia colmado de favores, no le regateaban sus elogios y el poeta Monfatil llegó á dirigirle estos versos que, los escritores musulmanes no citan sin un santo horror.

Oh tú que has reunido en tu persona todas las buenas cualidades que los demás, solo poseen en parte, tú que has devuelto la libertad á la Generosidad cautiva, tú eres tan superior á los hombres más generosos de Oriente y de Occidente, como el oro es superior al cobre. ¡Ah! si los hombres pudieran distinguir lo verdadero de lo falso no pon-

---

(1) «Ibid», p. 96 y 97.

(2) «Journ asiat.», p. 207 en la nota.

drían su boca sino en tús dedos. En lugar de tratar de agradar á Dios besando en la Meca la piedra negra, besaran tús manos porque ellas son las que disponen de la felicidad. Gracias á tí, yo he obtenido aquí abajo lo que deseaba y espero gracias á tí, obtener allá arriba lo que deseo. Cuando me encuentro cerca de tí y de los tuyos, profeso abiertamente la religion que prescribe observar el sábadó y cuando me encuentro cerca de mi mismo pueblo la profeso en secreto (1).

Pero lo que los Árabes no podían estimar en su justo valor, eran los servicios que Samuel hacía á la literatura hebráica. Y eran muy considerables. Publicó un hebreo una Introducción al Talmud y veintidos obras relativas á la Gramática, de las que la más estensa y notable era el «Libro de la riqueza,» que un juez muy competente, un correigionario de Samuel que vivía en el Siglo XII, coloca por encima de todas las demás que tratan de gramática. Era también poeta: hizo imitaciones de los Salmos, de los Proverbios y del Eclesiastes. Llenas de alusiones, de proverbios árabes, de sentencias

---

(1) Ibn-Bassam, t. I, fol. 200 v.

tomadas de los filósofos y de espresiones raras sacadas de los poetas sagrados, estas poesías eran muy difíciles de entender; hasta los judíos más sábios no podían comprender su sentido, sin la ayuda de un comentario, (1) pero como lo afectado y lo rebuscado fueran entónces cosas comunes, lo mismo en la literatura hebráica que en la árabe que le servia de modelo, la oscuridad se tenia entónces mas bien por mérito que por defecto. Además, él velaba con solicitud paternal por los jóvenes estudiantes judíos y proveia generosamente á sus necesidades cuando eran pobres. Tenia á su servicio escribientes que copiaban la Michna y el Talmud y regalaba estas copias á los discípulos que no podian comprarlas. Ni se limitaban sus beneficios á sus correligionarios españoles. En Africa, en Sicilia, en Jerusalem, en Bagdad, en una palabra, en todas partes podian contar los judíos con su apoyo y con su liberalidad (2). Por eso los judíos del principado granadino, queriendo darle una prueba de su afecto y de su gra-

---

(1) «Journ-asiat.» p. 222-224.

(2) «Journ asiat.» p. 209.

titud, le habían discernido en el año de 1027 el título de «naghid», esto es, de jefe ó príncipe de los judíos de Granada.

Como hombre de Estado juntaba á un espíritu vivo y penetrante, un carácter firme y una prudencia consumada. De ordinario—cualidad preciosa en un diplomático—hablaba poco y pensaba mucho. Aprovechaba las circunstancias con arte maravilloso, conocia el carácter y las pasiones de los hombres y los medios de dominarlos por sus vicios. Además era hombre de mundo. En los magníficos salones de la Alhambra, se encontraba tan á sus anchas que se le hubiese creído nacido en el seno de la riqueza. Nadie hablaba con mas elegancia ni destreza, ni manejaba mejor la adulacion, ni con tanto arte sabia ser cariñoso ó familiar en el discurso, de mas vivarachado númen, ni mas persuasivo por sus argumentos. Y sin embargo,—cosa rara entre aquellos á quienes la rueda de la fortuna ha elevado á una súbita opulencia y á una alta dignidad—no tenia ni la altanería de su advenedizo, ni la insolente y tonta infatuacion propia de los enriquecidos. Bondadoso y amable con todo el mundo, poseia aquella verdadera dignidad que resulta de la naturalidad y

de la falta absoluta de pretensiones. Lejos de avergonzarse de su antigua condicion y de procurar ocultarla, se gloriaba de ella y se imponía por su sencillez á sus detractores (1).

Tambien Zohair visir de Almería; era un hombre muy notable. Se decia de él que no tenia igual en cuatro cosas: el estilo epistolar; la riqueza, la avaricia y la vanidad. En efecto su riqueza era casi fabulosa: se estimaba su fortuna en mas de quinientos mil ducados (2). Su palacio estaba amueblado con magnificencia y atestado de sirvientes; tenia quinientas cantadoras todas de extrema belleza; pero lo que admiraba sobre todo, era su inmensa biblioteca que sin contar innumerables cuadernos sueltos, contaba cuatrocientos mil volúmenes. Nada parecia pues, que faltaba á la felicidad de este favorito de la fortuna. Era hermoso y joven todavia, pues que contaba apenas treinta años; su origen era muy noble pues, que pertenecía á la antigua

---

(1) Véase mi Introduccion á la Crónica de Ibn-Abdharí, p. 96 y 97.

(2) Cinco millones de pesetas; en el valor actual de nuestra moneda, treinta y cinco millones.

tribu de los defensores de Mahoma, nadaba en riqueza, y como era de respuesta pronta y respresaba con mucha elegancia y correccion, gozaba de gran reputacion literaria. Desgraciadamente se habia apoderado de él una especie de vértigo: su presuncion no tenia límites y le habia creado innumerables enemigos. Los Cordobeses especialmente estaban furiosos con él; porque una vez que fué á aquella ciudad con Zoahir, trató con el mayor desdén á los hombres mas distinguidos por su origen y su talento y al salir habia dicho: «No he visto aquí mas que «sail y djahil» (mendigos é ignorantes,).» El hecho es, que su presuncion rayaba casi en delirio. «Aunque todos los hombres fueren mis esclavos, decia en sus versos, mi alma no estaria satisfecha todavia. Querria subir á un lugar mas elevado que las mas altas estrellas y una vez llegado allí querria subir mas todavia.» Habia compuesto un verso, que repetia en todas ocasiones, pero especialmente cuando jugaba al aljadréz:

«Cuando se trata de mí, la desgracia duerme siempre y tiene prohibicion expresa de herirme».

Este desafio hecho al destino escitó en

Almería la indignacion general y un atrevido poeta haciéndose intérprete de la opinion pública, sustituyó á la segunda mitad del verso estas palabras que eran una verdadera profecía:

«Mas ya llegará el tiempo en que el destino que nunca duerme la despierte (á la desgracia.)»

Árabe puro, Ibn-Abbas odiaba á los Berberiscos y despreciaba á los Judíos. Quizás no quisiera precisamente que su señor se uniera á la liga arábigo-eslava; porque entonces Zohair hubiera quedado oscurecido por su gefe el Cadí de Sevilla; pero por lo menos estaba indignado de verlo unido á un berberisco que tenia por ministro á un judío á quien detestaba y de quien sabia que era odiado. De concierto con Ibn-Bacanna (1), visir de los Hammuditas de Málaga, trató primero de derribar á Samuel. Para lograrlo inventó innumerables calumnias, pero no lo consiguió. Entonces trató de mal-

---

(1) Moisés ben-Ezra (en el «Journ. asiat.» página 212, nota), le llaman Ibn-abi-Muza y es por una equivocacion por lo que el copista del man. de Abiel-wahid (véase mi edicion de este autor p. 43) ha borrado la palabra «Abi» que escribió primero.

tar á su señor con el rey de Granada, comprometiéndolo á prestar su apoyo á Mohamed de Carmona enemigo de Habbus y este plan le salió bien.

Poco tiempo despues, en Junio de 1038 (1) murió Habbus dejando dos hijos de los que el mayor se llamaba Badis y el menor Bologguin. Los Berberiscos y algunos judíos querian dar el trono á este último, otros judíos y entre ellos Samuel se inclinaban á Badis los mismo que los Árabes. Hubiera estallado una guerra civil, si Bologguin no hubiera renunciado espontáneamente á la corona y cuando prestó juramento á su hermano, sus partidarios tuvieron á su pesar que seguir su ejemplo (2).

El nuevo principe hizo todo lo que pudo por reanudar la alianza con el señor de Almería y este declaró al cabo que todo quedaría arreglado en una entrevista. Acompañado de un numeroso y magnífico cortejo se puso, pues, en camino y llegó inopinadamente á las puertas de Granada sin pedir permiso para pasar la frontera. Badis

---

(1) «Abbád», t. II. p. 34.

(2) «Jouran, asiat», p. 206, 208.



quedó grandemente lastimado por este paso inconveniente; sin embargo, recibió al príncipe de Almería con muchas consideraciones, trató suntuosamente á la gente de su séquito y la colmó de regalos. La negociacion sin embargo no condujo á nada, ni los príncipes, ni sus ministros (Samuel habia conservado su puesto) pudieron entenderse. Unase á esto que, Zohair, que se dejaba influir por Ibn-Abbas, tomaba respecto á Badis un tono muy ofensivo para su dignidad. Así, que el rey de Granada pensaba ya en castigar al príncipe de Almería por su insolencia, cuando uno de sus capitanes, que se llamaba Bologguin, se encargó de hacer una última tentativa, para procurar una reconciliacion. Fué á ver por la noche á Ibn-Abbas y le dijo: «Temed el castigo de Dios. Vos sois quien impide llegar á un acomodamiento, porque nuestro señor se deja guiar por vos. Sin embargo, sabeis lo mismo que nosotros que, cuando obramos de concierto saliamos bien de todas nuestras empresas, de modo que todos nos envidiaban. ¡Pues bien, restablezcamos nuestra alianza! El punto en que no hemos podido entendernos hasta ahora, es el apoyo que prestais á Mahomed de Carmona.

Abándonad á este príncipe á su suerte y todo lo demás se arreglara por sí mismo.» Ibn-Abbas le respondió en un tono semi-protector, semi-desdeñoso, y cuando el berberisco intentó mover su corazón abrazándolo y vertiendo lágrimas, le dijo: «Guárdate esas demostraciones y esas palabrotas, que no me hacen ningun efecto. Lo que te dije ayer te digo hoy: si tú y los tuyos no haceis lo que queremos, yo haré de modo que os arrepientais.» Exasperado con estas palabras: «¿Es esa la respuesta que debo llevar al consejo?» preguntó Bologguin. «La misma, le respondió Ibn-Abbas y si quieres atribuirme términos todavía mas fuertes tambien te lo permito.»

Llorando de indignacion y de ira, Bologguin volvió á presencia de Badis y de su consejo, y cuando hubo contado la conferencia que habla tenido con el visir exclamó: «¿Chinchedjitas, exclamó, la arrogancia de este hombre es insoportable, preparaos todos á bajarsela, por que sino no sereis dueños ni de vuestras casas!» Los Granadinos participaron de su enojo y el otro Bologguin, el hermano de Badis, fué el que se mostró mas indignado que todos y requirió á su hermano para que tomára en el mismo instante

las medidas necesarias para castigar á los Almerienses; Badis se lo prometió.

Para volver á sus Estados, Zohair tenia que pasar muchos desfiladeros y un puente que daba á un lugar cercano; su nombre de Alpuente. Badis mandó cortarlo y envió soldados á que ocuparan los desfiladeros. Sin embargo como estaba menos exasperado que su hermano contra Zohair y no desesperaba todavia de traer al amigo de su padre á mejor acuerdo, resolvió advertirle secretamente del peligro que le amenazaba y se valió para esto de un oficial berberisco que servia en el ejército de Almeria. Este oficial fué á buscar á Zohair durante la noche y le habló en estos términos: «Creedme, señor, cuando os digo, que será difícil pasar mañana los desfiladeros que hay en el camino. Os aconsejo pues, que salgais al instante y acaso de este modo podais pasarlos antes que los granadinos los hayan ocupado y entonces, si os persiguen podreis presentarles batalla en el llano ó poneros á salvo en algunas de vuestras fortalezas.» Este consejo pareció no desagradar á Zohair, pero Ibn-Abbas que asistia á esta conversacion, exclamó: «El miedo es lo que te hace hablar así.» «De mí es de quien de-

cis eso? contestó el oficial. ¿De mí que he tomado parte en veinte batallas mientras que vos no habeis visto ni una? ¡Pues bien, ya veremos á quien el tiempo dá la razon,» y se salió indignado.

Los enemigos de Ibn- Abbas (y ya hemos dicho que tenia muchos) pretenden que habla rechazado el consejo del oficial berberisco, no por que lo creyera malo, sino porque deseaba que fuera muerto Zohair. Ibn-Abbas, dicen, tenia ambicion de reinar en Almería y queria que Zohair muriera combatiendo contra los Granadinos, pues esperaba poder salvarse por la fuga y hacerse proclamar soberano en aquella ciudad. Acaso haya algo de verdad en esta acusacion; hemos de ver por lo menos mas adelante que Ibn-Abbas se alabó con Badis de haber metido á Zohair en un lazo.

Sea de esto lo que quiera, á la mañana siguiente (3 de Agosto de 1038), Zohair se encontró cercado por las tropas de Granada. Sus soldados quedaron consternados, pero él no perdió su presencia de ánimo. Puso en batalla su infanteria negra que eran quinientos y sus Andaluces y ordenó á su teniente Hodhail que cayera sobre los enemigos al frente de la caballeria eslava.

Hodhail obedeció, pero apenas empeñado el combate, quedó desmontado ya sea de un lanzaso, ya sea porque tropezara su caballo, y sus ginetes huyeron en el mayor desorden. En el mismo instante, Zohair fué abandonado por los negros, en quien tenia sin embargo gran confianza. Los negros se pasaron al enemigo despues de haberse apoderado del depósito de armas. No quedaban pues, mas que los Andaluces, pero estos que eran en general muy malos soldados, no pensaron mas que en huir y quieras que no Zohair tuvo que hacer otro tanto. Como estaba cortado el puente de Alpuente y los desfiladeros ocupados por los enemigos; los fugitivos tuvieron que refugiarse en la sierra. La mayor parte fueron acuchillados por los Granadinos que no daban cuartel, y otros hallaron la muerte en horribles precipicios, entre los que se contó el mismo Zohair.

Todos los empleados civiles entre los que se contaba Ibn-Abbas, habian sido hechos prisioneros, habiendo mandado Badi que se les perdonára la vida. Ibn-Abbas creia no tener nada que temer y no se inquietaba más que por sus libros. «¡Dios mio, Dios mio, gritaba, que será de mis paquetes!»

Y dirigiéndose á los soldados que lo conducían ante Badis, les dijo; «Id á decir á vuestro señor que tenga mucho cuidado de mis paquetes, para que no se rompa algo, pues que contienen libros de inestimable precio.» Y cuando hubo llegado á presencia de Badis le dijo sonriendo: No os he servido bien, puesto que os he entregado estos perros?» y señaló con la mano á los prisioneros esclavos. «Hacedme un servicio á vuestra vez, continuó, mandad que se respeten mis libros; que es lo que más me interesa.» Mientras que hablaba así, los prisioneros almerienses le echaban furiosas miradas y uno de ellos, el capitán Ibn-Chabib, dirigiéndose á Badis exclamó: «¡Señor, os conjuro por aquel que os ha dado la victoria, que no dejéis escapar á ese infame que ha perdido á nuestro señor. El es quien tiene la culpa de todo lo que ha sucedido y por ver su suplicio, me dejaría de buena gana cortar en seguida la cabeza!» A estas palabras sonrió Badis de una manera benévola y mandó poner en libertad al capitán, que fué el único que salvó su vida, de los militares, pues todos los demás fueron entregados sucesivamente al verdugo. Por el contrario, Ibn-Abbas, fué el úni-

co de los empleados civiles que no fué puesto en libertad. El orgulloso visir conoció al fin la desgracia que con loca audacia habia desafiado y veia cumplirse la prediccion del poeta almeriense. Fué encerrado en un calabozo de la Alhambra y lo cargaron de cadenas, que no pesaban menos de cuarenta libas. Sabia que Badis estaba muy irritado contra él y que Samuel deseaba su muerte. Sin embargo, conservaba todavía alguna esperanza; Badis, á quien habia hecho ofrecer treinta mil ducados como precio de su libertad, mandó responderle que ya tomaría su demanda en consideracion y habia dejado pasar cerca de dos meses sin decidir nada. Durante este tiempo luchaban contrarias influencias en la córte granadina: por una parte el embajador cordobés solicitaba la libertad de los prisioneros y principalmente la de Ibn-Abbas; de otra el embajador y cuñado del Amirida, Abdalaziz de Valencia, Abn-'l-Ahwaz, Man ibn-Zomadih insistía con Badis para que hiciera matar todos los prisioneros y sobre todo á Ibn-Abbas. Abdalaziz se habia apresurado á apoderarse del principado de Almería, bajo pretexto de que le tocaba por derecho de devolucion,

habiendo sido Zohair cliente de su familia, y temía que si Ibn-Abbas y los otros prisioneros recobraban la libertad, le disputaran el poder. El mismo Badis, no sabia que partido tomar: la avaricia y la venganza luchaban en su corazon; pero una tarde que paseaba á caballo con su hermano Bologguin, le habló de la proposicion de Ibn-Abbas y le pidió su parecer. «Si aceptais su dinero y recobra la libertad, os suscitará una guerra que os costará doble. Soy pues, de parecer que lo mandeis matar en seguida.»

Cóncluido el paseo mandó que le trage-  
ran el prisionero y le reprendió sus faltas con las palabras mas duras. Ibn-Abbas esperó con resignacion el fin de esta larga in-  
vectiva y cuando el rey acabó de hablar, exclamó: «¡Señor, os suplico que tengais piedad de mí; libradme de mis penas!— Hoy mismo quedareis libre» le respondió el príncipe; y como viera brillar un rayo de esperanza en la pálida y triste fisonomía de su prisionero, se calló por unos instantes. Despues continuó, con una sonrisa feróz: «Irás á donde sufras mucho mas.» Enseguida le dijo á Bolongguin algunas palabras en berberisco, lengua que Ibn-Abbas no



comprendia; pero las últimas palabras que le habia dirigido Badis, su terrible sonrisa, su aire feróz y amenazador, todo le decia con sobrada claridad que iba á sonar su ultima hora. «Príncipe, príncipe, exclamó cayendo de rodillas, perdonadme la vida, os lo suplico! ¡Tened piedad de mis mujeres y de mis pequeñuelos! ¡No son treinta mil ducados, sino sesenta mil los que os ofrezco, pero dejadme la vida por el amor de Dios!»

Badis lo escuchó sin contestar palabra, y luego blandiendo su azagaya se la sepultó en el pecho. Su hermano Bologguin y su camarero Ali ibn-al-Carawi hicieron otro tanto, pero Ibn-Abbas, que no dejaba de implorar la clemencia de sus verdugos, no cayó, sino á la décima séptima herida. (24 de Setiembre de 1038) (1).

No tardó en saberse en Granada que el rico y orgulloso Ibn-Abbas, habia dejado de vivir. Los Africanos se alegraron, pero

---

(1) Ibn-Haiyan «apud» Ibn-Bassam, t. I, folio 171 r.-175 r.; Ibn-al-Khatib man. G., fol. 134 v., 135 r. (artículo sobre Zohair), 51 v.-52 v. (artículo sobre Abu-Djafar Ahmed ibn-Abbas al-Anzari); Maccari, t. II, p. 359, 360; «Abbad.», t. II, p. 34.

ninguno recibió esta noticia con tanta satisfacción como Samuel. Ya no le quedaba más que un enemigo terrible, Ibn-Bacannia y un secreto presentimiento le decía que también iba pronto á perecer. Los judíos creían entonces, lo mismo que los Árabes, que muchas veces se oían en sueños espíritus que predecían el porvenir en verso, y una noche oyó Samuel mientras dormía una voz que la recitaban tres versos hebraicos, cuyo sentido es este:

¡Ya ha perecido Ibn-Abbas, así como sus amigos y confidentes; á Dios alabanza y santificación! Y el otro ministro, el que conspiraba con él, será también pronto abatido y molido como la algarroba. ¡Qué se han hecho sus murmuraciones, sus maldades y su poder!—Que sea santificado el nombre del Señor! (1)

Pocos años mas tarde, como tendremos que referir, Samuel vió cumplirse esta predicción; tan cierto es que el ódio y el amor dan una singular presciencia de lo futuro.

---

(1). Véase á Moisés ben-Ezra, citado por M. Munk en el «Journ. asiat.», p. 212. En este pasaje es preciso leer «onchida» en pasiva y no «anchada» en activa como lo hace M. Munk.

---

### III.



P.C. Monumental de la Alhambra y General de  
CONSEJERÍA DE CULTURA

Muy a pesar suyo, Badis había hecho á los coaligados que reconocian por Califa al pretendido Hixem, un importante servicio, cuando hizo acometer y matar á Zohair. Verdad es, que el Amirida Abdalazis de Valencia, que como ya hemos dicho había tomado posesion del principado de Almería, no estaba en estado de socorrer á su aliado el Cadí de Sevilla, porque no tardó él mismo en tener que defenderse contra Modjebid de Dénia que veía con malos ojos el engrandecimiento de los Estados de su veci-

no (1); pero por lo menos, el Cadí no tenia ya que temer una guerra contra Almeria y enteramente seguro por esta parte, no pensó mas que en tomar la ofensiva contra los Berberiscos, comenzando por Mohamed de Carmona con quien se habla malquistado. Al mismo tiempo, mantenía inteligencias con una faccion en Granada y trataba de hacer que allí estallara una revolucion.

Habia en Granada muchos que estaban descontentos con Badís. Al principio de su reinado daba este príncipe algunas esperanzas (2), pero desde entonces se habia mostrado cada vez mas cruel, pérfido, sanguinario y entregado á la embriaguéz mas vergonzosa. Primero se quejaron, luego murmuraron y al cabo conspiraron.

El alma del complot era, un aventurero que se llamaba Ab u-'l-Fotuh. Nacido muy lejos de España, de una familia árabe establecida en el Djordjan, la antigua Hircania, habia estudiado Bellas Letras, Filosofía y Astronomía con los mas famosos profesores de Bagdad. Pero no era solo un

---

(1) Veanse mis «Recherches», t. I. p. 245.

(2) Véase «Abbad», t. II. p. 51

sabio: gran ginete é intrépido guerrero, apreciaba un noble corcel ó una espada bien templada, tanto como un hermoso poema ó un profundo tratado científico. Habiendo llegado á España en el año de 1015, probablemente para buscar fortuna, pasó algun tiempo en la córte de Modjehid de Dénia. Allí se ocupaba ya en literatura con este sábio príncipe ó trabajando en su comentario sobre el tratado gramatical que lleva el título de Djomal, ya combatiendo al lado del príncipe en Cerdeña; á veces meditaba tambien, sobre las cuestiones filosóficas mas abstractas ó trataba de adivinarlo porvenir observando el curso de los astros. Habiendo ido luego á Zaragoza residencia de Mondhir; este príncipe le cobró amistad al principio y le confió la educacion de su hijo, pero como segun la observacion tan justa como repetida del arábigo historiador á quien seguimos, los tiempos cambian y los hombres con ellos, Mondhir le hizo saber un dia que ya no tenia necesidad de sus servicios, y que le daba licencia para irse de Zaragoza y Abu-'l-Fotuh, fué entonces á establecerse en Granada, donde abrió un curso acerca de las antiguas poesias y especialmente sobre la coleccion conocida con

el nombre de «Hamasa» (1); pero además hizo otra cosa: sabiendo que Badis tenía muchos enemigos, estimuló la ambición de Yazir, primo hermano del rey, asegurándole que había leído en las estrellas que Badis perdería el trono y que su primo reinaría treinta años. Consiguió así formar una conspiración, pero habiéndola descubierto Badis antes del tiempo fijado para su realización Abu-'l-Fotuh, Jazir y los demás apenas tuvieron tiempo de sustraerse con la fuga á su venganza. Fueron á refugiarse al lado de el Cadi de Sevilla, complice suyo sin duda, aun que sea imposible decir hasta qué punto lo fuera (2).

En este entretanto, el Cadi había atacado á Mohamed de Carmona y su ejército mandado, como de ordinario, por su hijo Ismael, había obtenido ya brillantes ventajas. Osuna y Ecija se habían visto obliga-

---

(1) Véase sobre Abu-'l-Fotuh Thabih ibn Mohamed al-Djorelfani, además del artículo de Ibn-al-Khatib y los que se han consagrado, Séyuti en su Diccionario biográfico de los gramáticos y Homaidí. Consúltese tambien el artículo sobre Modjehid en Dhabbi (man. de la Sociedad asiática.)

(2) Ibn-al-Khatib, man. G. fól. 114 r. y v. (artículo sobre Abu-'l-Fotuh).

das á rendirse y la misma Carmona estaba sitiada. Reducido á la última estremidad, Mohamed pidió socorro á Idris de Málaga y á Badis. Uno y otro respondieron á su llamamiento: Idris que estaba enfermo, envió tropas á las órdenes de su ministro Ibn-Bacanna y Badis, vino en persona con las suyas. Reunidos estos dos ejércitos, Ismael lleno de confianza en el número y en la bravura de sus soldados, les presentó batalla, pero Badis é Ibn-Bacanna, viendo que el enemigo tenía superioridad numérica ó creyéndolo al menos, no se atrevieron á aceptar y sin cuidarse del señor de Carmona, le abandonaron á su suerte y tomaron el uno el camino de Granada y el otro el de Málaga. Ismael se puso enseguida en persecucion de los Granadinos. Felizmente para Badis, apenas hacia una hora que Ibn-Bacanna se había separado de el, envióle pues, un propio á toda prisa, rogándole que viniera en su socorro, pues, si nó iba á ser hecho polvo por los Sevillanos. Ibn-Bacanna se le juntó enseguida y habiendo verificado esta union los dos ejércitos en las cercanias de Ecija, esperaron al enemigo á pié quieto.

Los Sevillanos que creían tener que ha-

bérselas con un ejército en retirada, quedaron desagradablemente sorprendidos, cuando vieron que tenían que pelear contra dos ejércitos perfectamente preparados á recibirlos, y desmoralizados por esta circunstancia imprevista, bastó el primer choque para desordenar sus filas. En vano trató Ismael de rehacerlos y de llevarlos de nuevo al combate; víctima de su bravura, cayó muerto el primero de todos. Desde entónces los Sevillanos no pensaron más que en salvarse (1).

Hecho dueño del campo de batalla, con tan fácil victoria, y habiendo establecido un campamento á las puertas de Ecija, Badis se quedó admirado, viendo venir á Ab-'l-Fotuh á echarse á sus pies. Lo que lo traía era el amor de familia. Con tanta precipitacion habia tenido que salir de Granada que tuvo que dejar abandonados á su suerte á su muger y á sus hijos. Sabia que Badis los habia hecho detener por medio del negro Codam, su gran preboste, su Tristan el Hermitaño, y que Codam los

---

(1) Abd-el-wahid, p. 44 y 65; «Abbad», t. 11, p. 33, 34, 207, 217. C. f. 176 Ibn-al-Khatib. fól. 114 v.



había hecho encerrar en Almuñecar. Pero él amaba apasionadamente á su muger, jóven y bella andaluza, y la ternura que profesaba á sus hijos era estremada. No pudiendo resolverse á vivir sin ellos y temiendo sobre todo que Badis se vengara de su crimen en aquellas cabezas queridas, venia á implorar ahora su perdon y aunque conocia el genio implacable y sanguinario del tirano, esperaba sin embargo que esta vez no seria inflexible, puesto que, habia ya perdonado á su tio Abu-Bich que estaba igualmente complicado en el complot.

Arrodillándose pues, delante del príncipe:»

—¡Señor, le dijo, tened piedad de mí Os aseguro que soy inocente.

—Qué!, exclamó Badis, con los ojos inflamados de ira, ¿té atreves á presentarte delante de mí? Has sembrado la discordia en mi familia y ahora vienes á decirme que no eres culpable! ¿Crees qué soy tan fácil de engañar?

—¡Señor, sed clemente por el amor de Dios! Acordaos de que un día me tomásteis bajo vuestra proteccion y que condenado á vivir lejos de los lugares que me vieron nacer, soy ya bastante desgraciado. No me

imputeis el crimen cometido por vuestro primo, en él no he tenido parte alguna. Verdad es que lo acompañé en su huida, pero lo hice por que como vos sablais que tenia relaciones con él, temí que me castigarais como á su cómplice. Pero heme aquí delante de vos; si absolutamente lo quereis, pronto estoy á confesarme culpable de un crimen de que estoy inocente, siempre que pueda de este modo obtener vuestro perdón. Tratadme como es propio de un gran rey, de un monarca que está demasiado elevado para guardar rencor á un pobre hombre como yo y devolvedme á mi familia.

— Yo te trataré seguramente como mereces, si Dios quiere. Vuelve á Granada donde encontrarás á tu familia y cuando yo vaya arreglaré tus asuntos.

Tranquilizado con estas palabras, cuya ambigüedad no notó al principio, Abu-'l-Fotuh, tomó el camino de Granada bajo la escolta de dos caballeros. Pero cuando llegó cerca de la ciudad, el negro Codam ejecutó las órdenes que acababa de recibir de su señor. Hizo prender á Abu-'l-Fotuh por sus satélites, que despues de haberle afeitado la cabeza lo montaron en un camello. Un negro de una fuerza hercúlea montó

detrás de él y se puso á abofetearlo sin parar. De este modo fué paseado por las calles, y luego lo metieron en un calabozo muy estrecho que tuvo que dividir con uno de sus cómplices, un soldado berberisco que habia sido hecho prisionero en la batalla de Écija.

Pasaron muchos dias. Badis estaba ya de vuelta y sin embargo, nada habia decidido aún respecto de Abu-'l-Fotuh. Esta vez, al contrario de la anterior, cuando se trataba de Ibn-Abbas, era Bologguin, quien le impedia pronunciar la fatal sentencia. Bologguin se interesaba por el doctor, no se sabe por qué; trataba de probar su inocencia y lo defendia con tal calor que Badis temiendo descontentarlo vacilaba en tomar una resolucion. Pero un dia que Bologguin se achispaba en una orgía—lo que le sucedía frecuentemente, lo mismo que á su hermano—Badis se hizo traer á Abu-'l-Fotuh y á su compañero. Desde que vió al doctor comenzó á vomitar contra él un torrente de injurias y continuó en estos términos: «¡De nada te han servido tus estrellas, embusterol ¿Nó le habias prometido á tu emir, á ese pobre tonto que te servía de juguete, que no tardaría en tenerme en su

poder y que reinaría treinta años en mis Estados? ¿Por qué no has levantado más bien, tu propio horóscopo y hubiera podido preservarte entonces de una gran desgracia? ¡Ahora, miserable, tu vida está en mis manos!»

Abu-'l-Fotuh no le respondió nada. Cuando esperaba volver á ver una esposa y á unos hijos adorados, se había humillado hasta el ruego y la mentira, pero ahora, plenamente convencido de que nada podría ablandar á este pérfido y feróz tirano, recobró todo su orgullo, toda la fuerza de su alma, toda la energía de su carácter. Con los ojos fijos en el suelo, y la sonrisa de desprecio en los lábios guardó un silencio lleno de dignidad. Esta actitud noble y serena puso el colmo á la irritacion de Badis. Echando espumarajos de ira, saltó de su asiento y sacando la espada la hundió en el corazon de su víctima. Abu-'l-Fotuh recibió el golpe fatal sin pestañear, sin que un quejido se escapara de su pecho y su valor arrancó al mismo Badis un grito involuntario de admiracion. Ahora, dijo dirigiéndose á Barhun, uno de sus esclavos, «corta la cabeza á ese cadáver y hazla clavar á un poste. En cuanto al cuerpo, en-

tierrallo al lado del de Ibn-Abbas. Conviene que mis dos enemigos descansen el uno al lado del otro hasta el día del Juicio... Y ahora te toca á tí. ¡Acercate soldado!»

El berberisco á quien se dirigian estas palabras era presa de una indecible angustia y temblaba como un azogado. Cayendo de rodillas trató de escusarse lo mejor que pudo y suplicó al príncipe que le perdonara la vida. «Miserable, le dijo entónces Badis: ¿has perdido por completo la vergüenza? El doctor, en quien hubiera podido ser escusable un poco de miedo, ha sufrido la muerte con un valor heróico, como lo acabas de ver; no se ha dignado dirigirme ni una palabra ¿y tú viejo soldado, tú que te contabas entre los más valientes, muestras tanta cobardía? ¡Que Dios no tenga piedad de tí miserable!» Y le cortó la cabeza.— (20 de Octubre de 1039).

Como lo habia ordenado Badis, Abu-'i-Fotuh fué enterrado al lado de Ibn-Abbas. El dolor de la parte inteligente y literata de la poblacion granadina lo siguió á la tumba y muchas veces, pasando cerca del lugar que encerraba sus restos mortales, el Árabe condenado á sufrir en silencio el yugo de un extranjero y de un bárbaro,

murmuraba en voz baja: «¡Ah que incomparables sábios eran esos cuyos huesos descansan aquí... ¡Dios solo es inmortal; glorificado y santificado sea su nombre!» (1),



P.C. Monumental de la Alhambra y General  
CONSEJERÍA DE CULTURA

---

(1) Ibn-al-Khatib, fól. 114 v.-115 v,